

CAPÍTULO XII.

Muy decisivo.

Á pesar de un constipado formidable, de una extinción de voz, de estornudos continuos que amenazaban á cada instante dislocar su majestuosa nariz, la infatigable señora Sparsit persiguió incansablemente á Bounderby. Presentándose en todo el resplandor de su dignidad personal en su casa de la calle de San Jaime, no pudo contener más tiempo su cañón cargado hasta la boca, y lo hizo estallar como una bomba. Después de haber cumplido su misión con infinita alegría, aquella mujer, de un espíritu sublime, se sintió mal, y cayó sin sentido sobre Mr. Bounderby.

El primer cuidado de Mr. Bounderby fué sacudirse para desembarazarse de la señora Sparsit, y dejarla salir como pudiese de las diferentes fases de su complicada indisposición. En seguida recurrió á los estimulantes más eficaces; es decir, hizo una tortilla las manos de la respetable señora; le roció el rostro con agua, y le llenó la boca de sal. Cuando, gracias á estas atenciones

delicadas, la señora Sparsit volvió en su acuerdo (lo que no tardó mucho), Mr. Bounderby la depositó en un tren expreso, sin ofrecerle otros tónicos, y la condujo á Cokeville más muerta que viva.

Considerada como ruína clásica, la señora Sparsit presentaba un espectáculo bastante interesante cuando llegó al término de su viaje; pero, considerada bajo cualquiera otro punto de vista, la indisposición que había sufrido era excesiva y disminuía sus derechos á la admiración pública. Sin prestar la menor atención al deplorable estado del traje y de la salud de la señora, sordo á sus estornudos patéticos, Mr. Bounderby la metió en un fiacre, y la condujo en seguida á Pierre-Loge.

—Señor Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, cayendo como un huracán en la habitación de su suegro); aquí está una señora.... Ya conoce V. á la señora Sparsit.... Pues aquí está. Tiene que decir á V. una cosa interesante.

—¿No ha recibido V. mi carta?—exclamó mister Gradgrind.

—No se trata aquí de carta ninguna, caballero (gritó Bounderby). La ocasión es oportuna para hablar de cartas. ¡Que vengan á hablar de cartas á Josué Bounderby, de Cokeville, en la situación en que se encuentra!

—Bounderby (dijo Gradgrind con tono de pa-

cífica reconvencción): hablo de una carta especial, que le he dirigido á V. á propósito de Luísa.

—Tomás Gradgrind (replicó Bounderby dando con la mano repetidos golpes en la mesa); yo hablo también de un asunto completamente especial, que también tiene relación con Luísa. Señora Sparsit; señora, adelántese V.

Esta infortunada señora, procurando entonces dar su testimonio, pero sin poder pronunciar con claridad una palabra, y haciendo penosos gestos que anunciaban una inflamación de la garganta, se fatigó tanto, é hizo involuntariamente tantos mohines, que Mr. Bounderby, desesperado, la cogió por el brazo y la dió una sacudida.

—Si no puede V. hablar (dijo Bounderby), deje que yo lo haga. El momento no es muy oportuno para que una señora, por elevado que sea su nacimiento, nos apure la paciencia tosiedo y estornudando. Tomás Gradgrind, la señora Sparsit, que está presente, se encontró por casualidad hace poco en el caso de oír una conversación al aire libre entre su hija de V. y su amigo Mr. Jaime Harthouse.

—¿De veras?—preguntó Gradgrind.

—Pues ya se ve que sí (exclamó Bounderby); y en esa conversación....

—Es inútil repetírmelo, Bounderby; sé lo que ha pasado.

—¿Lo sabe V.? En ese caso (dijo Bounderby, á quien le sacaban de tino la calma y la dulzura de su suegro), puesto que V. sabe tanto, quizás sabrá también dónde se encuentra su hija en este momento.

—Sin duda. Está aquí.

—¿Aquí?

—Mi querido Bounderby, permítame V. que le ruegue, en interés de todos, que modere sus arrebatos. Luísa está aquí. Desde que pudo cortar la entrevista con la persona de quien V. habla, y que siento en el alma haberle presentado, Luísa se apresuró á venir á casa, á fin de ponerse bajo mi protección. Apenas hacía algunas horas que yo había vuelto de Londres, cuando la recibí aquí.... en esta estancia. Se había apresurado á tomar el primer tren con dirección á Cokeville; corrió desde la estación á casa de su padre, á pesar de una tempestad horrorosa, y se me presentó en un estado muy próximo á la locura. Es inútil decir que hasta ahora no ha salido de mi casa. Por el interés de uno y de otro, le ruego á V. que se tranquilice.

Bounderby miró á su alrededor, sin decir una palabra, en todas direcciones, excepto en la de la señora Sparsit; después, volviéndose bruscamente hacia la sobrina de lady Scadgers, le dijo á aquella desgraciada:

—Ya lo oye V., señora. Presente V. las excu-

sas que tenga por conveniente por haber recorrido el país tan sin objeto en trenes de gran velocidad.

—Mis nervios (murmuró la señora Sparsit) están muy agitados, y mi salud muy quebrantada en este momento, para que pueda hacer otra cosa que refugiarme en mis lágrimas.

Y lo hizo como lo dijo.

—Pues bien, señora (dijo Bounderby); sin querer tratar á V. de otra manera que como tratar se debe á una mujer bien nacida, voy á añadir una palabra. Creo que hay otra cosa en que puede V. refugiarse; por ejemplo, en un fiacre; y como el que os ha traído está á la puerta, V. me permitirá que la acompañe hasta la portezuela para que la conduzca á la casa banca. Una vez allí, lo que puede V. hacer mejor será darse un baño de piés con agua bien caliente, tanto cuanto pueda sufrirla, y beberse un vaso de leche con ron, hirviendo, tan luego como esté acostada.

Diciendo esto, Mr. Bounderby tendió la mano derecha á la señora Sparsit, y acompañó hasta el vehículo en cuestión á aquella afligida mujer, que en todo el camino no dejó de estornudar dolorosamente.

Bounderby no tardó en volver solo.

—Como he comprendido que quería V. hablarme, aquí estoy ya de vuelta; pero le advierto

que no tengo muy buen humor: lo confieso francamente; este negocio no es de mi gusto, ni aun siquiera como V. me lo ha explicado, y no creo que jamás me haya tratado Luisa con el respeto y la sumisión que Josué Bounderby, de Cokeville, tiene derecho á esperar de su mujer. V. tiene su opinión, no lo dudo; pero yo también tengo la mía. Si piensa V. decirme esta noche algo que esté en contradicción con esta sincera confianza, mejor será que dejemos la conversación en tal estado.

Como Mr. Gradgrind, según se ha visto, se había mostrado muy conciliador, Mr. Bounderby ponía cuanto estaba de su parte por parecer terrible. Era una de las particularidades de su carácter amabilísimo.

—Mi querido Bounderby,—empezó á decir Mr. Gradgrind replicando.

—Permítame V. (dijo Bounderby); no me gusta que las personas me quieran tanto. Cuando alguno me dice que me quiere, se me ocurre que tiene intención de engañarme. Yo no hablo con galantería, V. lo sabe, y me conoce que no soy atento. Si quiere V. etiqueta, ya sabe dónde buscarla; elegantes tiene por amigos que le servirán ese artículo hasta que no quiera más; es un género averiado, que no existe en mi almacén.

—Bounderby (continuó Gradgrind); todos estamos sujetos á error....

—Creí que V. estaba libre de esa fatalidad,— interrumpió Bounderby.

—Quizás yo también lo he creído; pero, repito que todos estamos sujetos á error, y sería sensible á la delicadeza de V., hasta le viviría reconocido si quisiese prescindir de esas transparentes alusiones á Mr. Harthouse. Pasaré por alto en nuestra conversación la intimidad que V. tenía con él; pero suplico que no me reconenga sobre este particular.

—Ni siquiera le he nombrado,—dijo Bounderby.

—Bien, bien (respondió Gradgrind con paciencia y hasta con sumisión: y permaneció algún tiempo reflexionando). Bounderby, me parece que nunca hemos comprendido perfectamente á Luísa.

—¿Qué entiende V. por *no hemos*?

—Pues bien: yo no la he comprendido (replicó Mr. Gradgrind en respuesta á aquella pregunta brutal); me parece que jamás la he comprendido perfectamente. Dudo de haberle dado la educación que le convenía.

—En hora buena; hemos herido el punto de la dificultad (dijo Bounderby); en eso estamos conformes. ¿Ha concluído V. por hacer ese descubrimiento? ¡La educación! Voy á decir á V. lo que es la educación: es ponerle á uno de patitas en la calle, y tenerle á media ración para

todo, menos para los porrazos. Esto es á lo que yo llamo educación.

—Creo que su buen sentido le demostrará á V. (dijo Mr. Gradgrind con tono de humilde reconvencción), que por mucho que sea el mérito de semejante sistema, sería difícil aplicarlo á las niñas en general.

—No me lo parece así,—replicó el obstinado Bounderby.

—Bueno; no discutiremos sobre ese punto. Aseguro á V. que no deseo entablar una polémica. Quiero solamente reparar el mal, si es posible, y espero que V. me ayude con buena voluntad, porque he sido muy desgraciado.

—Todavía no le entiendo á V. (dijo Bounderby con resuelta obstinación); y por consiguiente, nada puedo prometer.

—Me parece, mi querido Bounderby (prosiguió Mr. Gradgrind con el mismo tono humilde y propiciatorio), que en el espacio de algunas horas he aprendido á conocer el carácter de Luísa mejor que en todos los años precedentes. Este conocimiento me ha sido revelado por circunstancias muy penosas, y no puedo gloriarme de haber hecho yo mismo el descubrimiento. Creo que tiene Luísa cualidades que.... que se han abandonado cruelmente.... Y.... quisiera decir á V. que.... que si tuviese la bondad de unirse á mí para intentar de común acuerdo el medio de

dejar á Luísa rehacerse durante algún tiempo, y para animar sus buenos sentimientos naturales, á fin de que se desarrollen á fuerza de ternura y de cuidados...., esto...., esto redundaría en la felicidad de todos. Ya sabe V. (dijo Gradgrind, cubriéndose el rostro con las manos) que Luísa ha sido siempre mi hija predilecta.

El tempestuoso Bounderby, al oír estas palabras, se hinchó tanto, que se hubiera podido temer verle sucumbir á un ataque de apoplejía fulminante; sus orejas habían tomado un encendido color de púrpura; sin embargo, contuvo su indignación.

—¿Quisiera V. tenerla en su casa algún tiempo?—preguntó.

—Yo.... había pensado consultar á V., mi querido Bounderby, sobre si sería conveniente que Luísa permaneciese en mi casa acompañada de Ceci; ya conoce V. á Cecilia Jupe, que la comprende mucho y posee toda su confianza.

—De donde concluyo, Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, levantándose con las manos en la cintura), que V. opina que hay entre Luísa y yo lo que se llama una incompatibilidad de carácter.

—Temo que en este momento haya una incompatibilidad general entre Luísa y.... y.... y casi todas las relaciones sociales en que yo la he colocado, —respondió con tristeza el afligido padre.

—Escúcheme V., Tomás Gradgrind (dijo Bounderby, mirándole frente á frente, con las facciones animadas, las piernas abiertas, las manos en los bolsillos, y con los cabellos que se parecían, más que nunca, á un campo de trigo arrollado por el viento de su cólera tempestuosa). Me ha dicho V. su opinión, y voy á decirle la mía. Soy un ciudadano de Cokeville; soy Josué Bounderby, de Cokeville; conozco todas las fábricas, todas las chimeneas, todo el humo, todos los obreros de esta ciudad: todo esto lo tengo en la punta del dedo; todo esto es visible y real; pero cuando un hombre viene á hablarme de cualidades imaginarias, le contesto invariablemente, sea quien quiera, que lo veo venir. Quiere comer sopa de tortuga y faisanes servidos con cubierto de oro, y aspira simplemente á montar en un carruaje tirado por seis caballos. Esto es lo que quiere su hija de V. Puesto que V. opina que se le debe dar lo que quiere, le aconsejo que V. mismo se lo dé; pues advierto, Tomás Gradgrind, que de mí no ha de obtenerlo nunca.

—Bounderby: esperaba que después de mi súplica, emplease V. otro tono.

—Espere V. un poco. Ha hablado V. cuanto ha querido; le he escuchado hasta el fin: escúcheme ahora, si le place. Ha sido V. un modelo de inconsecuencia; no sea también un modelo de injusticia; pues por mucha pena que me cause

ver á Tomás Gradgrind reducido á ese extremo, mayor sería mi sentimiento si aún le viese descender. Así, pues, si existiese una incompatibilidad cualquiera, como me lo da V. á entender, entre Luisa y yo, por mi parte le doy á entender á V. que existe una incompatibilidad grandísima é incontestable, y he aquí cómo yo la explico: Luisa está muy lejos de apreciar como debiera las cualidades de su marido. Luisa no está convencida del honor que le reporta su casamiento. ¡No, por San Jorge! Me parece que no me salgo de la cuestión.

—Bounderby (objetó Mr. Gradgrind); eso no es razonable.

—¿De veras? (dijo Bounderby). Me encanta V. diciendo esas cosas; desde que Tomás Gradgrind, con las nuevas luces que le han alumbrado instantáneamente, pretende que lo que yo digo no es razonable, no necesito saber más para convencerme que todas mis palabras han sido muy sensatas. Continúo, con el permiso de V. Ya sabe V. mi origen, y que durante muchos años no he necesitado ándaderas, por la sencilla razón de que desde muy niño me acostumbraron á andar solo. Pues bien: á pesar de esto (V. es dueño de creerlo, ó de dudarlo), hay señoras—señoras bien nacidas—pertenecientes á familias muy elevadas, que tendrían á orgullo besar la tierra que piso.

Lanzó esta frase á la cabeza de su suegro, como un cohete á la Congrève.

—En tanto que su hija de V. (prosiguió Bounderby) está muy lejos de haber tenido un nacimiento elevado, y, por lo tanto, es inútil que le diga cuán poco me cuido de esas bagatelas; mas no por eso deja de ser un hecho, y desafío á V., Tomás Gradgrind, á que cambie un hecho. Ahora bien; ¿por qué digo yo todo esto?

—Probablemente no será por lisonjearme.

—Escúcheme V. hasta el fin (dijo Bounderby) y no hable hasta que le llegue el turno. He dicho esto, porque señoras pertenecientes á familias distinguidas se han sorprendido al ver la manera que tenía Luisa de conducirse conmigo. Se han admirado de la insensibilidad de su hija de V., y se han preguntado cómo podía yo sufrirla. Yo mismo me lo pregunto, y no lo sufriré más.

—Bounderby (replicó Mr. Gradgrind, levantándose); creo que cuanto menos se prolongue esta entrevista, será mejor para ambos.

—Al contrario, Tomás Gradgrind; creo que esta entrevista, debe prolongarse. Al menos.... (esta consideración le detuvo), al menos hasta que yo haya dicho todo lo que tenía intención de decir; después nos detendremos en donde V. quiera. Llego á una cuestión que podrá simplificar el asunto. ¿Qué es lo que V. ha querido decirme con la proposición que acaba de hacerme?

—¿Cómo?

—Lo que V. oye.

—Quiero decir que espero consienta V. amistosamente en que Luísa disfrute en casa de un período de reposo y tranquila reflexión, que poco á poco la pueda mejorar en todos conceptos. Es decir, que hagamos desaparecer las ideas que V. abriga respecto á la incompatibilidad. ¿Puede V. admitir la cuestión en esos términos?

—¿Y dónde ha adquirido V. esas ideas?

—Ya le he dicho á V. que temo que no hayamos comprendido á Luísa, y no es mucho desear que V., que le lleva muchos años, me ayude á hacerla entrar en el buen camino. Al casarse con ella, ha aceptado V. una gran responsabilidad: V. la aceptó lo mismo para el bien que para el mal, y....

Posible es que Mr. Bounderby no tuviese mucho gusto en oír las palabras textuales que él mismo había dirigido á Esteban Blackpool; pero no cabe duda en que cortó la cita litúrgica con un movimiento de impaciencia.

—¡Vamos! Yo no tengo necesidad de oír eso. Sé muy bien cómo la he aceptado; lo sé tan bien como V., y esa es cuenta mía.

—Iba á observar solamente que todos estamos sujetos al error más ó menos. V. como yo, y yo como V., y que una ligera concesión de su par-

te, fundada en la responsabilidad que ha aceptado, será, no solamente un acto de bondad, sino acaso una deuda que Luísa puede reclamarle.

—No es esa mi opinión (murmuró Bounderby). Voy á terminar este asunto según mis opiniones, pero sin que esto sea motivo de disgusto entre nosotros. Á decir verdad, creo que sería indigno de mi reputación quejarme por tan poco. En cuanto á su amigo el gentleman, que se vaya al infierno si le parece. Si le encuentro en mi camino, le comunicaré mi modo de pensar; si no le encuentro, no le diré nada, porque eso no vale la pena de incomodarme. En cuanto á su hija de V., á quien he hecho mi esposa y á quien hubiera debido dejar soltera, si no ha vuelto á mi casa mañana al mediodía, comprenderé que quiere permanecer en otra parte; le enviaré su equipaje, y podrá V. tenerla en su compañía todo el tiempo que guste. Esto es lo que diré á todos, á propósito de la incompatibilidad que me obliga á pronunciar este *ultimatum*. «Soy Josué Bounderby, de Cokeville; he sido educado de este y del otro modo; mi señora es hija de Tomás Gradgrind, y ha sido educada de tal y de cuál manera; no podíamos vivir juntos, y ha sido preciso separarnos.» Creo, sin vanagloriarme, que nadie me tiene en el concepto de un hombre ordinario; así, pues, la mayor parte de las personas comprenderán, sin necesidad de que se lo

diga, que me ha sido preciso casarme con una mujer que tampoco fuese completamente ordinaria.

—Permítame V. rogarle que reflexione detenidamente antes de tomar esa resolución.

—Yo siempre me decido de pronto (dijo Bounderby, cubriéndose bruscamente con el sombrero). Todo lo que hago, lo hago de pronto; y hasta me sorprende que Tomás Gradgrind haga semejante observación á Josué Bounderby, de Cokerville, conociéndole como le conoce. Si algo pudiera sorprenderme en adelante, es ese desgraciado que acaba de hacerse partidario de unas cuantas simplezas sentimentales. Ya conoce V. mi determinación; ahora nada más tengo que decir. Servidor.

En seguida Mr. Bounderby se fué á su casa y se acostó. Al día siguiente, á las doce y cinco minutos, dió á sus criados orden de recoger cuidadosamente todo cuanto pertenecía á su mujer y de que lo llevasen á casa de Tomás Gradgrind; después hizo anunciar en el *Diario* la venta de su casa de campo, y nació otra vez á la vida de soltero.

CAPÍTULO XIII.

Perdido.

No por esto había perdido de vista el robo de la casa de banca, y desde aquel día el negocio ocupó el primer lugar en la atención del jefe de aquel establecimiento. Á fin de probar que no sin razón se jactaba de su actividad incansable, Mr. Bounderby, en su calidad de hombre poco ordinario, de hombre que no debía su elevación más que á sí mismo, en su calidad de maravilla comercial, más admirable que la misma Venus que salió del seno de las ondas, Mr. Bounderby tenía mucho empeño en demostrar cuán poco disminuían su ardor industrial estas pequeñeces domésticas. Por consiguiente, durante las primeras semanas de su segundo celibato, se movió más que nunca, é hizo tales cosas, renovando sus investigaciones á propósito del robo, que los agentes encargados de buscar á los autores casi hubieran deseado que tal robo no se hubiese cometido. Casi todos creían que las pesquisas se habían abandonado como inútiles, pues no se ha-